

EL PAN A SECAS

Lloro la muerte de mi tío junto con otros niños. Ya no sólo lo hago cuando me pegan, o cuando pierdo algo. Ya había visto llorar a más gente. Es época de hambre en el Rif; de sequía y de guerra.

Una tarde, no pude contener mis lágrimas del hambre que tenía. Chupaba y rechupaba mis dedos. Sólo vomitaba saliva. Mi madre trataba de calmarme:

—Cállate, que nos vamos a Tánger. Allí hay montañas de pan. Ya verás como no llorarás más por el pan cuando lleguemos. En Tánger la gente come hasta hartarse. Aprende de tu hermano Abdelkader, él no llora —me decía en rifeño.

Bastaba con mirar la cara de mi hermano, pálida y con los ojos hundidos, para dejar de llorar, pero esa calma que me infundía su mirada templada no duraba mucho.

Cuando llegó mi padre yo aún lloraba por el pan. Furioso, empezó a darme patadas y puñetazos.

—¡Cállate, bastardo! ¡Cállate! Acabarás por comerte el corazón de tu madre.¹ ¡Cállate!

¹ Expresión usada en el árabe dialectal. Se da como respuesta a alguien que tiene mucha hambre.

Me agarró y me tiró contra el suelo. Estuvo dándome patadas hasta que le dolieron los pies. Mojé mis pantalones.

Marchamos a pie, rumbo al exilio. En los bordes del camino vimos muchos animales muertos. Los rondaban perros y pájaros negros. Hedor, vientres abiertos, podredumbre.

Al caer la noche, acampábamos allí donde el cansancio y el hambre nos vencían. Algunos incluso enterraban a los suyos en el mismo lugar en el que caían muertos, víctimas del hambre. Cerca de nuestra tienda se podía escuchar el aullido de los lobos.

Mi hermano no paraba de toser. Aterrado, le pregunté a mi madre:

—¿También él va a morir?

—No. ¿De dónde te has sacado eso?

—Mi tío ha muerto.

—Tu hermano no va a morir. Sólo está enfermo.

En Tánger no vi las montañas de pan que me había prometido mi madre. También había llegado el hambre al paraíso, pero al menos allí no era tan mortífera como en el Rif.

Cuando el hambre apretaba, salía a las calles de nuestro barrio Ain Ktiwet y buscaba restos de comida entre las basuras. Vi que otro chico hacía

lo mismo que yo. Iba descalzo, hecho un harapo. Tenía granos en la cabeza y en las manos.

—Prefiero las basuras de la ciudad a las de nuestro barrio. Lo que tiran los cristianos suele ser mucho mejor que lo que tiran los musulmanes —me dijo.

Cada vez me alejaba más del barrio, solo o en compañía de otros chicos. Éramos los niños de las basuras. Un día encontré una gallina muerta; la recogí, la oculté bajo mi camisa y me fui corriendo a casa. Durante el camino la estreché fuerte contra mi pecho por miedo a perderla. Mis padres habían ido a la medina. Encontré a mi hermano solo, tendido en un rincón, recostado sobre una almohada; respiraba con dificultad. Sus grandes ojos marchitos vigilaban la entrada. Al verme con la gallina se le abrieron de par en par, y en su pálida cara se dibujó una sonrisa. Se movía como si acabara de despertar de un desmayo. Tosía y jadeaba de alegría. Cogí un cuchillo, me volví en dirección a La Meca, y en voz alta exclamé: «En el nombre de Allah, el más grande». Así había visto hacerlo a los mayores. La degollé, separando la cabeza del cuerpo. Esperé a que chorreara la sangre, pero nada. Ni masajeándola brotaron más que unas pocas gotas. Recuerdo que vi sacrificar un cordero en el Rif. Le pusieron

un cuenco debajo del cuello para recoger la sangre. Una vez lleno, se lo dieron de beber a mi madre, que estaba enferma. Con el forcejeo, la sangre acabó derramándosele por la cara y el vestido; luego se calmó, aunque seguía mascullando palabras ininteligibles.

«¿Por qué no brota la sangre de la gallina igual que lo hizo de aquel cordero?», pensé. Ya había empezado a desplumarla cuando oí la voz de mi madre:

—¿Pero qué haces? ¿De dónde la has robado?

—La encontré. Estaba enferma, la degollé antes de que muriese. Es cierto. Si no pregúntale a Abdelkader.

—¡Estás loco! —me la arrebató furiosa—. El hombre no debe comer carroña.

Nos miramos mi hermano y yo. Compartimos la tristeza y luego aguardamos la comida con los ojos cerrados.

Vivíamos todos en una sola habitación. A veces dormía en el mismo sitio donde me había pasado el día sentado. Mi padre regresaba cada noche malhumorado. Mi padre era una bestia. Cuando entraba en casa, cualquier gesto o palabra tenía que contar con su aprobación. Era como un dios. Pegaba

a mi madre sin motivo. Muchas veces oía cómo la amenazaba:

—Te voy a abandonar, hija de puta, y tendrás que arreglártelas sola con estos dos chuchos.

Esnifaba rapé. Hablaba solo y escupía sobre seres imaginarios. Nos insultaba. A mi madre solía decirle:

—Tu madre es puta y tú una hija de puta.

Y no sólo la insultaba a ella, sino que faltaba a todo el mundo, Allah incluido. Aunque luego se arrepentía.

Mi hermano llora y se revuelve, sacudido por el hambre y el dolor. Me da pena, lloro con él. Veo cómo mi padre se le acerca hecho una fiera. Se puede ver la locura en sus ojos. Sus manos son tentáculos. Nadie puede detenerlo. Me agarro a mi sombra y pido socorro, «¡Un monstruo! ¡Un loco! ¡Que alguien lo pare!», pero el maldito le retuerce el cuello mientras la sangre rebasa su boca. Me escabullo de la habitación. Sólo mi madre se queda con él. La calla a puñetazos y patadas. Me escondo, esperando a que terminen los golpes. No hay ni un alma fuera, las voces de la noche se oyen a lo lejos. El cielo y las estrellas de Allah son testigos del crimen cometido por mi padre. Todo el mundo duerme en la ciudad. Distingo la silueta de mi madre y su voz que me

busca, susurrándome en rifeño, pero la oscuridad me sirve de guarida.

«¿Por qué ella no es tan fuerte como él? Los hombres pegan a las mujeres y ellas sólo lloran y gritan.»

—¡Mohamed!, ¡Mohamed mío! Ven aquí, no tengas miedo.

Sentí una gran satisfacción al poder verla sin ser visto.

—Estoy aquí.

—Ven.

—No. Me va a matar como acaba de matar a mi hermano.

—No tengas miedo. Ven conmigo. No te matará. Ven, y cállate, que se van a enterar los vecinos.

Mi padre lloraba mientras esnifaba su rapé. «¡Qué raro!, mata a su hijo y luego le llora.»

Nos quedamos los tres llorando, en silencio. Mi hermano estaba amortajado con una sábana blanca. Me acosté. Por la mañana, volví a llorar. Era la primera vez que asistía a un entierro. El anciano *cheij*² iba delante y llevaba en sus brazos a mi hermano envuelto en una estera. Mi padre iba

² Título aplicado a los hombres en función de su edad o conocimientos científicos o religiosos. Son líderes religiosos o políticos a nivel local.

detrás y yo, descalzo, los seguía, cojeando. Metieron el cuerpo en un hoyo húmedo. Yo tiritaba y no paraba de llorar. Mi hermano tenía una mancha de sangre coagulada en los labios. Desapareció cuando lo cubrieron con un pequeño montón de tierra. Se convirtió en una pequeña montaña.

Al salir del cementerio, el *cheij* se fijó en la sangre que tenía en los dedos de los pies:

—¿De qué es esa sangre? —me preguntó en rifeño.

—Habré pisado algún cristal —le contesté.

—Ni siquiera sabe andar. Es un imbécil —añadió mi padre.

—¿Querías a tu hermano? —me preguntó el *cheij*.

—Sí, mucho —le dije entre sollozos—. Mi madre lo quería más que a mí.

—¿Y quién no quiere a sus hijos?

Recordé entonces a mi padre retorciéndole el cuello a mi hermano. Quise gritar: «Mi padre no lo quería, fue él quien lo mató. Sí, ha sido él, ¡lo mató!, ¡lo mató! Yo lo vi. Fue él, le retorció el cuello. Vi cómo la sangre le salía de la boca. ¡Lo vi, lo vi! ¡Fue él! Sí, fue él. ¡Maldito seal!».

Me eché a llorar para atenuar todo el odio que sentía hacia mi padre. Tenía miedo de que me

matara como había hecho con Abdelkader. Me reprendió en voz baja:

—¡Basta ya! Deja de llorar —dijo en tono amenazador.

—Sí —añadió el viejo—. Tu hermano está ahora con los ángeles.

Odio también a aquel hombre que enterró a mi hermano.

Mi padre solía comprar un saco de pan blanco y tabaco barato, y se marchaba lejos de Tánger para trapichear en los cuarteles con los soldados españoles. Por la tarde, cuando regresaba, traía uniformes militares usados que revendía en el Zoco Grande a los obreros marroquíes. Una noche, no regresó a casa. Yo me fui a dormir, dejando a mi madre presa de la angustia. Después de tres días mi padre seguía sin aparecer. Yo intentaba consolar a mi madre cuando lloraba. «¿Le querrá o no?» Llegué a intuir sus verdaderos sentimientos cuando me dijo:

—Ya estamos solos. Abandonados. ¿Quién nos va a ayudar? No conocemos a nadie en esta ciudad. Tu abuela Rquía, tu tía Fátima y tu tío Dris han emigrado a Orán. Deben de haber sido los soldados españoles los que han detenido a tu padre, por desertor.

En efecto, ellos lo habían encarcelado, según supimos después. Lo delató un soldado marroquí que conoció en España. Lo hizo porque mi padre no le rebajaba el precio de una manta militar. Eso fue, al menos, lo que nos dijeron.

Mi madre iba todas las mañanas a buscar trabajo a la medina, pero volvía tan decepcionada como mi padre en nuestro comienzo en Tánger. Se mordía las uñas y lloraba. Los charlatanes le escribían conjuros para que mi padre saliera de la cárcel y para que ella encontrara trabajo. Rezaba mucho, imploraba la ayuda de Allah y encendía velas en los mausoleos. Acudía también a las adivinas.

—La libertad, el trabajo y la buena suerte; todo lo dispone Allah y su Profeta —se lamentaba mi madre.

—Pero ¿por qué no nos concede Allah la misma suerte que a los demás? —le preguntaba yo.

—Sólo Él lo sabe. Nosotros lo desconocemos todo, y tampoco debemos preguntar. Él está por encima de todas las cosas.

Mi madre tuvo que vender algunos de los enseres que teníamos en casa. Un día me mandó con otros chicos a recoger hierbas a un huerto cercano.

Tenía miedo de que me pegaran. No los conocía, ni había entre ellos ningún amigo que pudiera defenderme si surgía algún problema. Siempre hacían piña contra los recién llegados. Así que me quedé rezagado, como si buscara un sitio para mear, y me fui a la medina. Su bullicio me entusiasmaba. En el Zoco Grande comí unas hojas de col, mondas de naranja y restos de fruta podrida.

Un policía perseguía a un chico algo mayor que yo. Había poca distancia entre los dos. Me puse en su piel; su resuello era el mío propio. La gente repetía: «¡Lo va a coger! ¡Lo va a coger!... ¡Lo cogió!».

Empecé a temblar. Tenía miedo. Por un momento, imaginé que era a mí a quien había atrapado. Rogué a Allah para que no lo alcanzara, pero no sirvió de nada. Maldije a todos aquellos que se habían alegrado, que aplaudían la brutalidad del policía. A lo lejos, vi a una mujer extranjera. Jadeaba y hablaba sola en una lengua que yo desconocía. Un tumulto de personas la rodeaba. Alguien comentó:

—El asa del bolso es lo único que le ha dejado.

Un policía se acercó y me pegó en el culo con su porra. Di un brinco y grité en rifeño: «¡Mamá, mamá!». Otros policías llegaron con sus porras. Murmuré un insulto. Pegaban a los niños y empujaban

a los mayores. Incluso algunos viejos y desvalidos recibieron golpes de los agentes.

Tenía entendido que la policía sólo usaba la fuerza y encarcelaba a quien mataba o robaba, o cuando había sangre de por medio... Después de lo ocurrido, me fui al cementerio Buarrakía. Recogí las ramas de arrayán que iba encontrando sobre las tumbas más bonitas y las coloqué en la de mi hermano. La suya no era la única sin flores ni lápida. Las había que eran un simple montón de tierra con dos piedras diferentes, una para indicar dónde estaban los pies y otra para la cabeza. Me dio pena ver tantas tumbas olvidadas, cubiertas de hierbajos. Algunas incluso estaban destruidas. Hasta en el cementerio hay diferencias entre ricos y pobres.

—¿Por qué muere el hombre?

—Porque así lo quiere Allah —me contestó una vez mi madre.

—¿Adónde van los muertos?

—Unos al cielo, otros al infierno.

—¿Y nosotros? ¿Adónde iremos?

—Nosotros iremos al cielo. Allah así lo quiera.

—¿Y qué hay allí?

—Haces muchas preguntas. Ya lo entenderás cuando seas mayor.

En el cementerio encontré las hierbas que me había pedido mi madre. En el borde de una tumba, vi a tres hombres sentados que bebían de una misma botella. Uno de ellos me llamó:

—Oye, pequeño, ven aquí. Tengo algo para ti.

—Dáselo a tu madre, hijo de puta —le contesté, y salí corriendo.

Con las hierbas, mi madre hizo un buen guiso. Yo, más que masticar, tragaba.

—Estas hierbas están buenísimas, ¿de dónde las has sacado? —preguntó mi madre.

—Del cementerio Buarrakía.

—¿Del cementerio!?

—Sí. ¿Qué hay de malo? Fui a visitar la tumba de Abdelkader y le puse encima unas cuantas ramas de arrayán. Apenas quedaba tierra cubriendo su tumba. Si nos descuidamos, el día menos pensado se confundirá con el terreno y ya no podremos encontrarla.

A mi madre se le humedecieron los ojos.

—Hay mucha hierba de ésta entre las tumbas —añadí.

—No se pueden comer las hierbas del cementerio.

—¿Por qué no?

Me miraba mientras yo comía, asombrada de que aún tuviese apetito. Parecía que mi madre fuese a vomitar de un momento a otro. Enfadada, me retiró el plato.

—¡Basta! —me dijo en rifeño.

—Todavía tengo hambre.

—¿De dónde cogiste las ramas de arrayán?

—De otras tumbas.

Se puso histérica:

—Mañana mismo volverás al cementerio y devolverás el arrayán a sus tumbas, y trata de que nadie te vea. Ya compraremos nuestro propio arrayán para tu hermano y decoraremos su tumba.

Empezó a llorar. Al verla, a mí también se me escaparon algunas lágrimas. Después me cogió entre sus brazos y me quedé dormido.

Solía acompañarla al Zoco Grande, donde comprábamos pan duro a los mendigos debajo de un gran árbol, cerca del mausoleo de Sidi El Mejfi. Mi madre lo ponía a hervir en agua con un poco de aceite y especias. Otras veces sólo en agua.

Una mañana se levantó muy temprano:

—Voy al Zoco. Buscaré frutas y verduras y las venderé. Tú quédate aquí. No juegues con otros niños y no dejes la casa sola para no tentar a los ladrones.

Entre los chicos del barrio y yo había diferencias. Me sentía más miserable que todos ellos, aunque algunos viviesen en peores condiciones. A uno lo vi cogiendo huesos de pollo de la basura. Mientras los chupaba, decía: «Los vecinos de esta casa tiran siempre buena basura». De mí solían murmurar:

—Es un rifeño, del país de los asesinos y del hambre.

—No sabe hablar árabe.

—Este año todos los rifeños sufren hambre.

—Hasta sus animales están enfermos.

—Son ellos los que se los comen, nosotros no. Por eso caen enfermos.

—Comen hasta carroña. Si se les muere una vaca, una oveja o una cabra, se la comen.

Cuando llegan a la ciudad, los niños *ybala*³ sufren la misma humillación que los rifeños, con la única diferencia de que el *yebli*³ es tomado por ingenuo, y el rifeño por traidor.

Cerca de nuestra casa había un huertecito con un peral tentador. Pasaba las horas observando

³ Gentilicio masculino del que procede de la montaña, frente a *mdini* de la ciudad. La gente usa este término también para referirse a alguien que no parece espabilado. *Ybala*, plural. *Yebli*, singular.

sus frutos. Nuestro vecino no tardó en pillarme dentro, vareándolo. Mientras me arrastraba por el huerto, yo pataleaba y lloriqueaba tratando de escabullirme. Tenía tanto miedo que me oriné en mis bombachos. Me llevó ante su risueña mujer.

—Éste es el bicho que nos está dejando seco el peral. Es como un ratón —le dijo.

La amabilidad de la mujer consiguió tranquilizarme:

—¿Dónde está tu madre?

—Se fue al mercado a vender fruta y verdura.

—Bueno, no llores. ¿Y tu padre?

—En la cárcel.

—¿En la cárcel?

—Sí, en la cárcel.

—¡Pobre hombre! ¿Por qué está allí dentro?

Me quedé mudo, y ella repitió la pregunta con ternura:

—Dime, ¿por qué está tu padre en la cárcel?

Pensé que la sinceridad no dejaría en buen lugar a mis padres.

—No lo sé. Es mi madre quien lo sabe.

Toda aquella familia se hallaba reunida frente a mí. El hombre y la mujer parecían estar de acuerdo en encerrarme hasta que volviese mi madre. La hija tenía la cabeza envuelta en un pañuelo blanco;

los pies, descalzos, las manos, níveas y delgadas, estaban mojadas. Ellas empezaron a compadecerse de mí, pero él insistía, quería castigarme, hacerme lamentar mi culpa. Me metió en un cuarto oscuro que servía de trastero. Al cerrar la puerta, me advirtió:

—No llores. Si no, te daré con este palo.

Era la primera vez que me encarcelaban, aunque fuera en un trastero. Comprendí que, aun sin ser de mi familia, tenían derecho a retenerme. Las peras eran suyas. ¿Por qué algunos nos vemos obligados a emigrar mientras otros se quedan en sus tierras? ¡Qué injusto! A mi padre lo metieron en la cárcel, mi madre está vendiendo verdura en el mercado y yo estoy solo y hambriento, en las manos de este hombre, un extraño, que vive confortablemente con su mujer en su gran casa. ¿Por qué nosotros no tenemos nada? ¿Por qué ellos y no nosotros?

Por el ojo de la cerradura podía ver cómo la hija de mis vecinos fregaba el suelo del patio con agua y jabón. Iba descalza, tenía el vestido recogido de tal manera que dejaba entrever sus muslos blancos. Sus pequeños e inquietos pechos botaban en el escote de su blusa como dos racimos de uvas pendidos. El pelo, cubierto con un pañuelo blanco, estaba teñido de alheña. Parecía un repollo.

Golpeé atemorizado la puerta para llamar su atención y, mientras observaba sus movimientos, mi corazón palpitaba excitado, mezcla de temor y alegría.

—Ábreme, por favor. Abre la maldita puerta.

Vaciló un momento. Yo rogaba para mis adentros, impaciente: «¡Por favor, ven!...».

Dejó de fregar y se incorporó. Se secó las manos y colocó los brazos en jarra. Su cara expresaba cierta tristeza. Según se acercaba a la puerta, mi corazón palpitaba con más fuerza. Me abrió, sonriendo con dulzura:

—Aquí estoy. ¿Qué quieres?

Tartamudeé. Se me humedecieron los ojos.

—Mi madre me pegará si vuelve del mercado y no me encuentra en casa. Me dejó al cuidado.

Agaché la cabeza, avergonzado. Me fijé en sus turgentes muslos. Dejó caer la falda, recogida en el cinturón. Tapó sus pechos erguidos abrochando la blusa. La blancura de su ropa dejaba entrever dos pezones como dos uvas.

—¿Volverás a robar peras en nuestro huerto?

—Nunca. Si vuelvo otra vez, tienes derecho a matarme con tus propias manos.

Sonrió. Yo no pude. Salí corriendo. Ella me llamó con su dulce voz:

—Vuelve aquí. ¿No tienes hambre?

Vacilé por un momento.

—No, no tengo hambre —contesté nervioso.

Insistió en que aguardara un momento. Sus padres habían salido. Volví a mirar el árbol. Odio y deseo. «Nunca volveré a comer de él.»

Me trajo un *rarif*⁴ rebosante de miel; goteaba.

—Si tienes hambre, vuelve por aquí. ¿Tampoco tienes zapatos?

—Pronto me los comprará mi madre.

Nos despedimos con una sonrisa y con un gesto de la mano. «¿Es acaso el hombre más duro que la mujer? Me gustaría ser su hermano. Me gustaría vivir en esta casa, con este huerto. Me gustaría tener un padre como el dueño, menos violento que el mío.»

Un hombre nos seguía. Se acercó por detrás a mi madre y le susurró cosas al oído. Cruzamos de acera para alejarnos de él. Yo iba de la mano de mi madre, que tiraba de mí con fuerza. El hombre no nos dejaba ni a sol ni a sombra. Él sonreía, ella le fruncía el ceño. Nos deteníamos y él nos adelantaba

⁴ Torta típica de Marruecos hecha con harina, sal y agua.

para después volver a caminar despacio. Enfadado, le pregunté a mi madre:

—¿Qué quiere este hombre?

—Calla. Esto no va contigo.

Lo miro, se sonríe. Nos persigue. «¿Qué querrá de mi madre? ¿La querrá raptar? Es un secuestrador, sin duda. Tiene muy mala pinta.» Ahora era yo quien agarraba bien fuerte la mano de mi madre:

—No aprietes tanto, que no me voy a escapar.

Ya no pude más y, furioso, le dije a aquel hombre:

—¡Piérdete! ¿Qué quieres de nosotros?

Y el malnacido va y nos sonríe.

—¿No te dije que te callaras?

La odiaba; mientras yo trataba de defenderla, ella me mandaba callar.

Nos encontramos con una amiga de mi madre. El pesado que nos seguía acabó alejándose. Ellas se pusieron a hablar de mi padre, todavía en prisión. Aquella mujer no paraba de acariciarme el pelo y la cara. Yo notaba sus manos ásperas, llenas de durezas.

—¿Por qué está triste Mohamed?

Mi madre me miró, agarrándome suavemente del cuello:

—Él es así.

Se despidieron.

—Besa la mano de Lalla⁵ Luisa —dijo mi madre.

La besé, obedeciendo sus órdenes.

El vientre de mi madre cada día estaba más hinchado. A veces no iba al mercado, y se pasaba el día vomitando. Estaba pálida. Le dolían las piernas. «¿Y si su barriga explota de tanto hincharse?» Su llanto ya no me sobrecogía como antes. Me hice más duro, sabía contener mejor la tristeza. También dejé de jugar con mis amigos. Una noche me llevaron dormido a una casa del barrio. Me desperté en una habitación desconocida con otros tres chicos. No me había enterado de nada. Era la casa de una vecina.

—Ahora tienes una hermanita. Debes ser bueno con ella —me dijo al despertarme.

Mi madre iba de visita a la cárcel una vez por semana. A veces volvía llorando. Aprendí que las mujeres lloran más que los hombres. Lloran y cortan el llanto con la misma facilidad que un niño. Están tristes cuando se muestran contentas, y cuando creemos que van a romper a llorar, gastan bromas

⁵ Señora.

y se ríen. Una vez vi a mi madre reír mientras lloraba. ¿Se había vuelto loca?

Solía quedarme en casa para cuidar de mi hermana Rhimo. Sabía cómo hacerla reír, pero nunca cómo conseguir que parara de llorar. Me aburría y salía a dar una vuelta, dejándola con sus lloros, agitando pies y manos, como una tortuga puesta al revés. Cuando regresaba, la encontraba durmiendo o sonriendo. Las moscas revoloteaban alrededor de su cara. ¡Pobrecita! La tenía salpicada de picaduras de mosquito. ¡Moscas de día y mosquitos de noche!

Mi hermana Rhimo fue creciendo. Mi madre lloraba menos que antes. ¿Y yo? Yo cada vez estaba más agresivo, dentro y fuera de casa. Tenía muy mal perder, y lo demostraba rompiendo lo que pillaba a mano, pataleando, llorando y maldiciendo a los cuatro vientos.

—¿Las mujeres también pueden ir a la cárcel? —le pregunté un día a mi madre.

—¿Por qué?

—Es sólo una pregunta.

—Sí, las mujeres también pueden ir a la cárcel. Si hacen algo malo, claro.

Todas las mañanas acompañábamos a mi madre al mercado. Mi hermana mamaba la leche de su pecho, y yo me las arreglaba, casi siempre, para

comer por mi cuenta, lejos de ellas, en las callejuelas de la medina. Unas veces mendigaba, otras robaba. Cuando mi madre me regañaba por haberme escapado, la amenazaba:

—Voy a abandonar toda esta miseria. No volveré nunca más a esta casa.

—Decir eso a tu edad... Eres terrible.

Una mañana, en el puesto del Zoco Grande, nos sorprendió la visita de un hombre. Venía acompañado de una vecina que le había ayudado a dar con nosotros. Mi madre no paraba de llorar. ¿Sería por ese hombre rudo?

Al día siguiente, no fue al mercado. Después de ir al *hammam* se acicaló: kohl en los ojos y *swak*⁶ en los labios. Rebosaba alegría aquella mañana. ¡Qué raro!

Cuando mi padre salió de la cárcel, ella lloró. Pensé que no existía en el mundo otra mujer tan llorona como mi madre. Le pregunté el porqué de tanta lágrima y me explicó que lo primero que haría mi padre al salir sería ir en busca del hombre que lo delató para matarlo. Me alegré. Deseaba que

⁶ El *miswak* o *swak* es un palillo de color canela que sirve para la higiene bucal. Las mujeres los usan también como pintalabios.

encontrase a aquel soldado que lo delató y acabase con él. Así podría perderlo otra vez de vista por una larga temporada. En el fondo daba igual quién matase a quién. Eso sí, lo quería bien lejos, ausente, no importaba si vivo o muerto.

El día de su puesta en libertad, mi padre regresó a casa abatido. Apestaba a alcohol. Oí cómo mi madre le decía:

—Estás borracho. ¿A que sí?

Murmuró algo y se dejó caer sobre una silla, cansado y afligido. Los dos compartíamos tristeza: la suya por no haber encontrado al delator y la mía por su regreso. Antes de dormir, escuché cómo planeaban nuestro viaje a Tetuán. Hubiera resultado difícil no enterarse de todo cuando sólo contábamos con una única habitación en casa.

Por la noche, me levanté para mear. Y escuché ese ruido de besos, aquel jadeo y sus palabras de amor. «¿Y se quieren? ¡Maldito sea su amor! Sólo es carne.» Escupí. «¡Será mentirosa! ¡Nunca más la creeré!»

Él: Tu boca.

Ella: Aquí la tienes. No seas bruto. Así no, espera.

«¿Qué estarán haciendo?»

Él: Ya te digo yo que es así.

Ella: Mejor dormiré en el suelo.
«Se escuchan golpes. ¿Qué hacen?»
Él: Hija de puta.

Ella: Así no, por favor, que me haces daño. Así mejor. ¡No! ¡No! Así está bien, así.

Parecía que tuvieran fiebre. Jadeaban, exhaustos. Besos y gemidos; se mordían, se devoraban. Lamían su sangre. «¿La habrá apuñalado?» Un largo grito interrumpido por el llanto. «¿La ha matado?» Mi vejiga no aguantó más y el líquido, todavía caliente, empezó a correr lentamente entre mis piernas.

En la víspera de nuestro viaje volví a ver a la muchacha que me liberó de la cárcel y me dio un *narrif*. Le conté que nos mudábamos a Tetuán. Me cogió de la mano y me llevó a su casa. Allí me ofreció pan negro con miel y mantequilla, y una manzana muy grande y roja. También me llenó los bolsillos de almendras. Me lavó la cara, las manos y los pies. «¿Soy yo acaso su hermanito? ¿Su hijo?» Me cortó un poco el pelo, me peinó. Sentí sus manos, suaves y cálidas, sobre mi frente y mi cara. Me perfumó y me puso delante de un pequeño espejo plateado. No me fijé en mi cara, sino en la suya. Cogió mi

cabeza entre sus manos con delicadeza, como yo solía hacer con los pajaritos para no hacerles daño. Me besó en la mejilla y en la boca para despedirse. Era para mí como una hermana de distinta madre.

El día de nuestra partida me acordé de la tumba de mi hermano. «Su tumba quedará sin riego,⁷ sin arrayán y sin lápida. Se perderá, como se pierden las cosas pequeñas entre las grandes.»

⁷ Tradicionalmente, la gente va a visitar las tumbas de sus familiares cada viernes. Se riega la tumba y se coloca arrayán.